

LUIS ADOLFO DOMINGUEZ LITERATURA DE LA INDEPENDENCIA (O VICEVERSA)

El tránsito del siglo XVIII al XIX fue una de las épocas más sorprendentes que ha tenido México, acaso por reflejo primero de lo que estaba sucediendo en todo el mundo, y luego porque ya las cosas habían tomado vuelo suficiente como para irse por sí solas y no admitir freno de ninguna especie.

Sólo entre 1779 y 1800, Buffon publicó *Las épocas de la tierra*, Mesmer —ni más ni menos— *El magnetismo animal*, Clavijero su *Historia antigua de México*, Kant su *Crítica de la razón pura*, Pestalozzi *Leonardo y Gertrudis* —con la respectiva revolución en la ciencia educativa, según los cánones establecidos entonces—; Camper dio a conocer la relación del ángulo facial humano, dando lugar a la ley que lleva su nombre; Rafael Landívar publicó la *Rusticatio mexicana*; él, como otros ilustres nombres, representó a la avanzada jesuita expulsada a todo pulmón de las colonias españolas. En otros niveles, Estados Unidos obtuvo su independencia y reconocimiento de Inglaterra, Jorge Washington subió como primer presidente; Mirabeau interviene en la asamblea nacional de Versalles, tiene lugar la toma de la Bastilla; Lavoisier escribe su *Tratado elemental de Química*, que junto con el trabajo de Leblanc para obtener carbonato de sodio, también contemporáneo, dan las bases de la química moderna; Paine edita *Los derechos del hombre*; Hutton la *Teoría de la tierra*, que es el comienzo de la geología moderna; Malthus da a luz —paradójicamente— su *Ensayo sobre la población*; aparece, muy en consonancia con el anterior, Napoleón Bonaparte, en el panorama político; Rumford experimenta, y comprueba, que el calor es movimiento; Volta descubre la pila que hasta la fecha padecen nuestros estudiantes de física; Cuvier da sus *Lecciones de anatomía comparada*; Madame Staël habla *Acerca de la literatura*; Piazzi descubre el primer planeta conocido: Ceres; Gauss hace sus *Disquisiciones aritméticas*; Bichat su *Anatomía descriptiva* y Destutt de Tracy sus *Elementos de ideología*.

Prácticamente no hay un solo escalón del conocimiento que no se ponga en duda y se supere, y no hay tampoco sistemas políticos que resistan el análisis y el embate del pueblo, por primera vez consciente —en dos continentes— de su soberanía y poder.

En México, por supuesto, no pasaba nada. Los jesuitas que estaban escribiendo sobre México estaban fuera de aquí, y eran justamente los primeros que estaban dando los síntomas de la existencia de una nacionalidad, por completo inconcebible bajo la férula de Su Majestad, cualquiera que estuviera en turno en España.

La Nueva España, que estaba dejando de ser tan España como Nueva, vivía una época de tranquilidad que, a fuerza de durar siglos y siglos, parecía un tanto digna de confianza. En un clima universal de dudas y cambios constantes, esa tranquilidad provinciana era difícil de mantener, y no se mantuvo, en efecto, pero tuvo que amoldarse a ciertas características regionales, por la

situación existente.

Me refiero a la literatura en concreto:

La Ilustración, que fue definitiva en todo el mundo europeo y americano, como prueba de supervivencia de todas las instituciones, para nuestras letras significó un rompimiento y la esterilidad total en el aspecto de creación. Calcúlese lo que es un siglo XVII con Sor Juana, Carlos de Sigüenza y Góngora, Juan Ruiz, Fray Miguel de Guevara, el predecesor Bernardo de Balbuena y la incontable secuencia de poetas que intervenía en todos los concursos literarios que, no habiendo más que hacer, se organizaban a la primera provocación, con motivo de fiestas religiosas, profanas, políticas o en guerra contra el aburrimiento simplemente —el Triunfo Parthénico es un insuperable ejemplo de esto—. En dramático contraste, viene el siglo XVIII y deja de existir la obra personal creativa; los jesuitas expulsos escriben de una tierra, su tierra, que toma consistencia de nación por primera vez; surgen los humanistas. La imaginación dejó de existir en beneficio del dato exacto, la interpretación o, en el mejor de los casos, la hipótesis.

En contraste con el barroco de proclividades churriguerescas que llena todos los sitios institucionales y públicos, los escritores no pueden sustraerse a las ideas de Rousseau y Voltaire, se sienten llamados a hacer obras serias y caen en la preceptiva, la didáctica y la poesía aconsejante. El neoclasicismo, poblado de árcades inverosímiles y de una esterilidad que, desgraciadamente, no fue lo bastante amplia ni duradera, llegan a ser la máxima expresión del arte poético. Lo mejor que se da es alguna traducción bíblica, versiones de clásicos griegos o latinos y, obviamente, la frialdad inaltable del público.

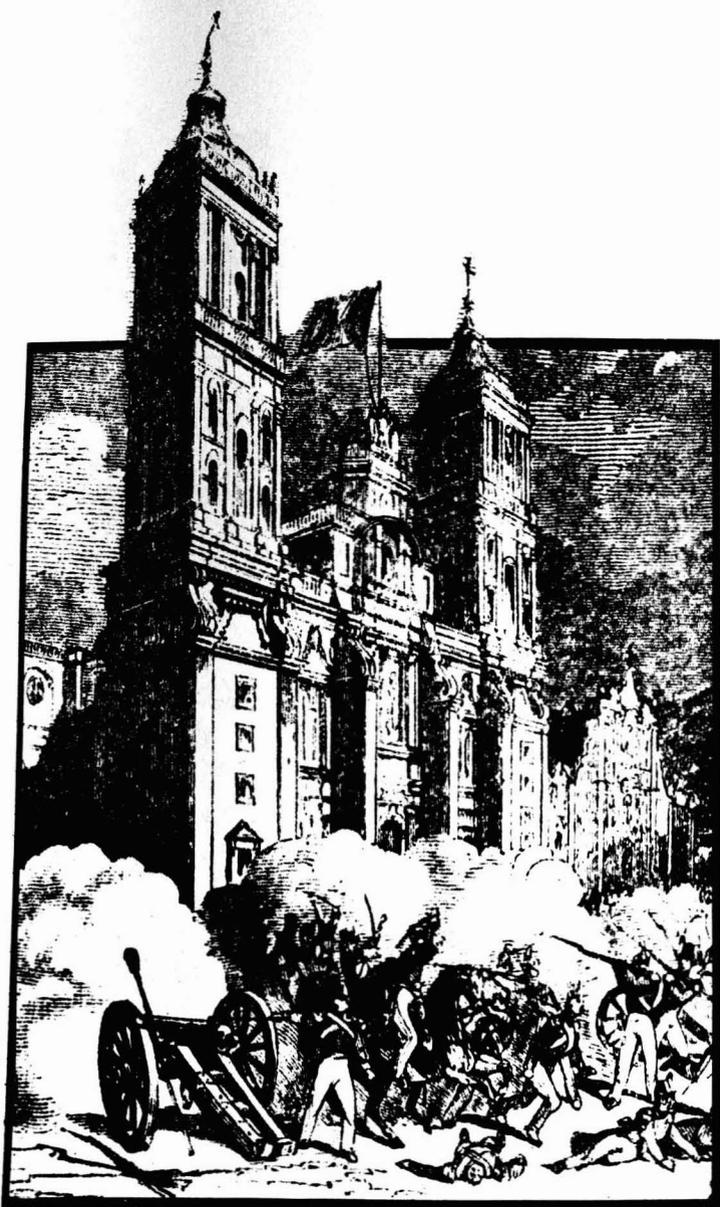
Mientras tanto, la pésima administración española va precipitando la ruina, dentro y fuera de la península, de todo lo que recibiera la sombra de la monarquía, cosa que de ninguna manera servirá para que vayan a evitarse las transmisiones del poder de un reyzeulo a otro, como vemos.

Ante un panorama tan yermo, la figura del poeta Juan Meléndez Valdés obtiene fácilmente una relevancia que en el siglo anterior jamás hubiera soñado siquiera. Sobre todo, se antoja como un oasis dionisiaco, y se deja sentir un suspiro de alivio transcontinental por el advenimiento de algo nuevo.

No lo fue del todo en realidad, pero Meléndez Valdés fue de los resucitadores de la anacreónica, y una poesía festiva, que canta los placeres entre toda esa gente que estaba glorificando y colocando el Partenón en Puebla, o Tlaxcala, es lo más estupendo que pudo ocurrir.

Este poeta no estuvo del todo libre del aplastante neoclasicismo, empezando por tener que recurrir al seudónimo de Batilo para muchas de sus cosas. Publicó series de poemas muy celebrados, pero lo que provocó el delirio fue haberse atrevido a dar a la luz algo como *Los besos de amor*, que son veintitrés odas que





Nuestro Martínez de Navarrete, modestamente, tampoco tocaba mal la lira poética, ni tuvo empacho en buscarse la inspiración en menesteres extrarreligiosos. Fue un tipo sensacional, que tuvo amores y los cantó a gritos, los lloró y les dedicó poemas, hizo otros de circunstancia y como que se dio la gran vida social, convirtiéndose en un personaje popular, poeta festejado y centro de las críticas más acervas, por supuesto. He aquí un motivo:

“¿Preguntarás acaso,
lector, si en mis acentos
tienen parte los dioses
que cuidan de los versos?”

Respondo que ninguna,
sino que el rostro bello
de una hermosa muchacha
ha templado mi ingenio.

Clorila, sí, Clorila,
la pastora que quiero
inflama mis versillos
con su amoroso fuego.”

El comienzo del siglo XIX se dio en un clima un tanto confuso, mezcla de euforia científica, optimismo histórico, y luchas sociales sordas —y sórdidas—, que no podrían tener solución ni paliativo sino con el derrumbamiento del viejo mundo dieciochesco y colonial.

Fray Servando es un caso típico de cierto estado de cosas, y su historia increíble el más patético ejemplo de la vida novohispana.

Perseguido por la Inquisición a causa de un discurso subversivo, se pasó años y años entrando y saliendo de cárceles, huyendo, perdidos todos sus derechos eclesiásticos y conservando pocos de los civiles, sin hallar jamás un oído oficial disponible para oír sus argumentos, ni una autoridad que resolviera su caso. Estuvo siete veces en diferentes cárceles; la primera entrada el 2 de enero de 1795, a los 31 años; la última en 1823, a los 60. Semejante forma de impartir justicia no podía menos que provocar alguna desazón en todos los ciudadanos, no digamos en los casos extremos, como en el de fray Servando.

De ningún modo quiere esto decir que el sacerdote excéptico haya sido una víctima meramente accidental; él se traía lo suyo en materia de rebeldías y se mantuvo inquebrantable su carácter liberal, a despecho de cuanto le ocurrió. Sus escritos autobiográficos lo muestran extravagante y apasionado.

Lo que hizo el religioso se resume en discursos políticos muy al tenor de su postura exaltada. El último de ellos durante el régimen iturbidista fue lo que le valió el encarcelamiento, aparte de los anteriores periodos de reclusión, por su falta primera.

Como puede suponerse, en un ambiente tan caldeado como el

fácilmente podrían ser lo mejor que se produjo en lengua española en esa larga época de ayuno. El efecto que el poeta hispano tuvo en América, aunque un poco trasnochado por razón de la distancia, fue definitivo. Un contemporáneo suyo, en México, va a alzar la pluma de inmediato para secundarlo, sin que fuera óbice el hábito religioso que llevaba: fray Manuel Martínez de Navarrete.

Otro fray, también mexicano, Servando Teresa de Mier, va a andar muy cerca de todas estas andanzas, pero él es quien da una idea de cómo se juzgaba a los religiosos, sacerdotes o menos en Europa: “Equivale a hombre bajo, soez, malcriado, ocioso, pordiozero, ignorantísimo, impostor, hipócrita, embustero, fanático, supersticioso, capaz de todas las vilezas e incapaz de honor y hombría de bien.”

La causa era, entre otras, que abundaban los sacerdotes aventureros —y fray Servando era de ese plumaje mal de su grado—, y los que, ya desde entonces, dejaban el celibato sacerdotal a un lado y cometían toda clase de tropelías.



de las postrimerías del gobierno español en México, se dio la literatura de combate, que es signo inequívoco de todo movimiento social siempre. A fines del XVIII comenzaron a aparecer periódicos, de una u otra tendencia, y comenzó a flotar la idea de exigir libertad de expresión, de imprenta, etcétera. Todo esto dio lugar a una vasta producción de romances, corridos y poemas políticos, que se imprimían a veces subrepticamente y eran repartidos por los mismos autores, y otras, cuando no ofrecían demasiado peligro, tenían cabida en algún periódico.

Entre los escritores más asiduos, tanto a imprimirse personalmente como a colaborar en publicaciones, estaba José Joaquín Fernández de Lizardi, que más tarde pasaría a la historia como "El Pensador Mexicano".

A estas alturas no es posible sacarle a Lizardi ninguna novedad, después de que Jacobo Chencinky y María Rosa Palazón lo han diseccionado, transitado y vertido al exterior en los libros que publicó el Centro de Estudios Literarios de la Universidad. Sin embargo, con el Pensador sucede que se enfrenta México por primera vez a todo un sistema inquebrantable de crítica social y moral constructiva, que definitivamente va a influir en el futuro, a modo de dar nacimiento a un género periodístico muy definido, que no ha desaparecido hasta la fecha.

Heredero del tono regañón y reiterativo de Lizardi va a ser Guillermo Prieto, y por mucho tiempo no habrá diario o revista, que no tenga una o varias columnas destinadas a fustigar al gobierno, a una clase social opresora, a ciertos vicios de la comunidad y cosas por el estilo. Todo esto, por ser siempre de rigurosa actualidad, difícilmente llega a convertirse en algo literariamente valioso y queda en el cuadro de costumbres más o menos bien logrado. La importancia de Lizardi no reside ahí, sino en toda su obra conjunta, que lo eleva a un lugar preponderante dentro de nuestras letras.

En la literatura mexicana hay algunos puntos de referencia en torno de los cuales se tipifica una época. Lizardi da los colores de la de Independencia como Sor Juana los del barroco, porque justamente, la complicación preciosista del XVII no podía ser abarcada más que por un genio como el de la monja; para los gritos que se necesitaban en una nación convulsionada y en lucha por liberarse, hacía falta la voz de Lizardi, con todas sus destemplanzas, pero con su resistente volumen.

Lizardi comenzó publicando poemas y fábulas en distintos periódicos. Para 1812, cuando se promulgó la Constitución de Cádiz, fundó su primer periódico, que sería el más famoso de todos: *El Pensador Mexicano*. La idea suya fue modificar la sociedad en que vivía, y se acogió a las nuevas leyes, que otorgaban libertad de imprenta, pensando que era muy en serio hacer uso de ella. Al poco tiempo fue aprehendido por haber escrito algo más fuerte de lo normal contra el gobierno, y con eso



inauguró el ciclo de sus ingresos a prisión, en tanto no corregía su hábito de criticar ferozmente hechos y disposiciones oficiales.

La torrencial producción lizardiana tiene de todos los géneros, desde comedias que son bastante malas, hasta el novelón por antonomasia que es *El Periquillo Sarniento*, con mucho la obra más importante de la época de transición de un siglo a otro. Con ella comenzó una nueva época para toda América, privada desde 1535 de libros de ficción, por una disposición real que prohibió de golpe su publicación o comercio. Esta sabia medida, que pinta muy claramente la perspicacia de los monarcas que padeció España, impidió la existencia de obras en prosa durante tres siglos, y obligó a una especie de secreteo y contrabando para poder leer cosas como *El Quijote*. Sólo así puede explicarse la inexistencia de novelas y cuentos cortos en hispanoamérica por tres siglos, que hubieran podido ser excepcionalmente fértiles en este aspecto, considerando las circunstancias socioeconómicas que había.

Luis Villoro dice en *El proceso ideológico de la revolución de*



Independencia (UNAM, 1967) que entre 1712 y 1808, las rentas de la Nueva España se elevaron un 633 por ciento, pero pinta la situación patética de las distintas clases sociales, en cuanto a que la riqueza estaba distribuida en unas cuantas manos: el clero, que poseía alrededor de ¡la mitad de todas las propiedades inmobiliarias del país!, como suele suceder, y los españoles protegidos por la corona, criollos hacendados o mineros y algunos militares estratégicamente colocados.

Ahora bien, había desempleo, analfabetismo y pobreza en el pueblo, pero el ambiente tranquilo y provinciano de la Nueva España dejaba mucho tiempo libre, y al fin y al cabo sí existía un gremio culto y cierta inquietud intelectual. Social, económica y políticamente, el panorama no puede ser más triste; literariamente, eso debió ser motivo para la creación de obras de verdad geniales, y lo fue hasta el XVIII, en el que de pronto la poesía sacra dejó de ser novedad, como no podía ser menos, y la Ilustración impuso un nuevo rigor ideológico. En vista de que aquí no había más que poesía religiosa, que había caído en el bostezo inevitable; lírica, que ya se antojaba como demasiado frívola, y no había prosa imaginativa, caímos en el ensayo sesudo y solemne, y en la esterilidad. Lizardi dio con la forma de romper ese círculo vicioso, con la auténtica explosión continental que representó *El Periquillo* Sarniento, que independientemente de su calidad y sus defectos, fue en su momento un hito como pudo serlo *La Celestina*.

No es difícil ubicar a Fernández de Lizardi en el proceso de creación —en la búsqueda de su tiempo perdido—, porque de poeta lírico de medianos alcances, pasó a fabulista, toda vez que eso le permitía predicar y ejemplificar, como era su deseo. De ahí al periodismo de combate no hubo más que un paso, muy obvio dadas las cosas que estaban pasando en torno suyo. Su audacia personalísima fue tratar de escribir novela, y llegó a ella después de que el periodismo, practicado por cuatro años, le había puesto delante de todos los casos que iba a verter en su narración de las peripecias del Periquillo.

Ese libro muestra, en honor a la verdad, la misma ingenuidad que tiene todo lo escrito por Lizardi. Se ven muy claras las influencias ajenas; puede percibirse al Arcipreste de Hita y, tal vez con mucho humor, haciéndole favor a José Joaquín, al Arcipreste de Talavera, pero sobre todo se paladea muy bien al Lazarillo de Tormes y al Quijote. El mismo Lizardi tuvo que impugnar más de una vez, personalmente, alusiones de este tipo y, con mucha conciencia de clase, optó por identificarse con Cervantes, cosa que no pasa de ser exceso de optimismo. Lo que no puede negarse es que da a luz un ente nuevo, distinto, que viene al mundo por primera vez y que no tiene que ver con sus antecedentes: el pícaro americano.

Wenceslao Fernández Flores revisa a Quevedo y su Buscón, que representan toda la picaresca española, y dice que la tónica



definitiva de ellos es la falta de cariño por el personaje central, siempre mostrado con verdadera brutalidad y despego. Justamente, el pícaro americano carece de tal objetividad, y es vertido al lector con afecto. Por eso se antoja menos malo y más sentimental. Es incapaz de poner a un ciego a dar un salto sobre un charco, para dar con toda su humanidad contra un pilar, así como el ciego sería incapaz de hostilizar a su lazarillo y escamotearle la comida.

El Periquillo, no obstante, es un pícaro, pero casi podría decirse que hay en él ciertos elementos que van a ser muy gratos a toda la producción melodramática posterior, y el principal de ellos es la caída, el fracaso, la derrota, aunque siempre se mira con benevolencia al personaje, que en el fondo es inocente y bien intencionado. Difícilmente puede hallarse algo más admirado en México que el fracaso, el culto a los caídos, a los que perdieron la batalla, a los que sufren, a las cabecitas blancas, a los perdonadores profesionales que no castigan más que con el desprecio; a toda la



parafernalia que cualquier tarde puede apreciarse en la televisión. Periquillo es un magnífico —posiblemente el primero también— ejemplar de esta fauna, y comete todas las estupideces al alcance de un ser humano, pero es por joven, inexperto, inadvertido y demás; ergo: todo se le perdona. En el fondo es bueno.

Para Lizardi, hasta donde puede verse, el Periquillo es un pretexto para decir todo lo que sentía, y hacerlo evidente por medio de una trama y un ser inventado. Lo que le pasa al personaje es la sucesión de cosas que el escritor ya había denunciado en sus artículos. Lo que le pasa a Lizardi es que era eso lo que tenía que decir, y que apenas comenzaba, pero que lo siguió diciendo siempre, con singular perseverancia, hasta 1827, cuando murió. Poco antes, en un artículo, hizo un autorretrato que es una de las páginas más personales y conmovedoras de las letras hispanoamericanas.

Viejo, desdentado, con el traje raído y brillante, Lizardi en nada se parece a lo que nosotros entenderíamos por un individuo que fundó más de diez periódicos distintos. La fortuna alucinante que en la actualidad representa un sátrapa del periodismo, en Lizardi da idea de apostolado franciscano, y conforme a ella vivió siempre en realidad. Se hubiera reído muchísimo si alguien le hubiera dicho que un periódico es negocio —no necesariamente limpio— y poder político. Para él fue sólo desfogue y deseo de justicia.

Lizardi es el mejor testimonio de que se dispone en esa época de la lucha por la Independencia, no porque se haya constituido en vocero de las batallas y las ideologías, que en eso no se le presentaban muy claras de momento. Es el mejor porque vivió el otro lado de la historia; la existencia urbana, algo distante y tranquila, pero agitada en el fondo por la incertidumbre y, concretamente en el caso del escritor, muestra el enfrentamiento de sus convicciones, algo primarias y monolíticas, con un movimiento social en el que trata de hacer encajar sus valores. O sea, su deseo de libertad de expresión, de protección a los necesitados, de educación, riqueza equilibrada, etc., primero ausentes en el régimen colonial amenazado, luego sin presentarse en el sistema exótico y subversivo —entonces no había comunismo, ni modo—, y más tarde inseguras en un pueblo y gobierno que nunca alcanzó a ver definidos.

En las letras, la nada del XVIII provocó los pequeños brotes de urticaria finiseculares, sabrosamente frívolos. Para México no pudo seguir el ritmo de una escuela literaria que se pone de moda. En cierto modo, sólo la propia experiencia comenzó a contarse: fray Manuel Martínez de Navarrete, fray Servando, Lizardi. Cada quien en su nivel, tuvo que decir sus propias cosas, y hacer acopio de sus influencias particulares.

Posiblemente estos síntomas literarios, tan faltos de cadencia razonable, son los que mejor pueden definir el brutal choque de la Ilustración y los descubrimientos, el rigor científico y el enjuicia-



miento de lo que se tenía delante. Lo que sigue tiene que ser el exacerbamiento de los anhelos contenidos: cantos por los héroes, poemas épicos para fechas conmemorables, y luego, inevitablemente, el paso del escritor, de testigo de cosas importantes, a persona llena, o más que eso: escurriente de sentimientos y superhumanidades. El romanticismo.

Las transiciones radicales en una comunidad tienen su literatura, y ésta siempre tiene que verse en función de su contexto: se escribe sermoneando, como Lizardi, porque se trata de modificar un medio. Se escribe fanfarroneando, como el fray de Mier, porque se tiene miedo, después de haberse estrellado años y años contra una pared de obcecación y sordera. Se escribe como fray Manuel, saltándose los votos y las limitaciones, el celibato y demás abyecciones, porque se está harto de contravenir a lo natural y obvio.

Es la Independencia sin remedio, y el movimiento se demuestra escribiendo.